

ó sea poco más de una peseta. Subyugó á la mayor parte de los árabes, así de los que obedecían á los persas como de los que obedecían á los romanos.

Su sucesor Omar, que se gloriaba de seguir sus pasos en la observancia de la justicia y del desinterés, unió al título de califa el de Emir Almosumenin, ó comandante de los fieles, que fué luego comun á todos los soberanos musulmanes. Este arrojó á los romanos, no solo de Jerusalén y de la Palestina, sino también de la Siria y de Egipto, y arruinó el imperio de los persas. Precaviendo el emperador Heraclio los desastres que habia de ocasionar la espantosa avenida de este torrente desolador sobre la ciudad santa, cuidó principalmente de trasladar á Constantinopla la reliquia inestimable de la verdadera Cruz. Entonces fué cuando San Sofronio, despues de haber exhortado con eficacia á los fieles á que expiasen con la penitencia los pecados con que ellos mismos profanaban los santos lugares, hizo que marchase el obispo de Dora para que en presencia del Sumo Pontífice quitase á los nuevos hereges la máscara con que se cubrían.

Sin embargo, parece que este digno enviado del santo patriarca, molestado de mil modos por los monotelitas, no llegó á Roma hasta despues de haber muerto el Papa Honorio, que en 12 de octubre de 638 falleció despues de cerca de trece años de un pontificado que sería injusto creer manchado por la sorpresa en que le comprometieron su confianza en hipócritas consumados y su celo por la reunion de los disimulados secuaces de Eutiques (a). «Si se puede vituperar

(a) Por las adiciones y correcciones que el Henrion ha hecho aquí oportunamente en el texto de Bercastel en la relativo al Papa Honorio, aparece este completamente justificado. Con efecto; de sus dos cartas Sergio de Constantinopla, y de la otra que dirigió á Cirio de Alejandria, aparece que todo el afán del Papa era de introducir en la Iglesia nuevas dispu-

el sentido natural y gramatical de Honorio, al menos el sentido personal de este Papa ha sido sólidamente justificado, de tal modo que de él no puede sacarse argumento alguno contra la infalibilidad de la Iglesia en los hechos dogmáticos. Por lo demás, Honorio no cesó hasta su último suspiro de profesar y de defender la verdad, de exhortar, de amenazar, de reprender á esos mismos monotelitas, cuyas opiniones se le acusó despues de haber abrazado (1). Por otra parte muchas grandes obras, verdaderamente dignas del Gefe de la Iglesia, recomiendan su memoria. Mostróse magnífico en la reparacion y construccion de las iglesias, á las que regaló hasta tres mil libras romanas de plata. Hizo un beneficio todavía mas interesante á la Religion, reduciendo al gremio de la unidad la iglesia de Aquileya y toda la Istria, separada hacia setenta años por el cisma de los tres capitulos.

Severino ocupó la Silla apostólica en 28 ó 29 de mayo de 640, despues de una vacante de mas de año y medio, cuya causa es difícil demarcar. Su dulzura y compasion para con los pobres y con el clero principiaban á consolar á la Iglesia romana de tan larga viudez, cuando murió al cabo de dos meses y cuatro dias. Despues de su muerte estuvo sin pastor la Iglesia por espacio de cerca de cinco meses. En fin, á

tas; pero estuvo muy distante de defender el error, pues en la primera carta á Sergio dice claramente: «os exhortamos que evitando la palabra introducida de nuevo, de una ó dos operaciones, prediqueis con nosotros un solo Señor Jesucristo, Dios vivo, Dios verdadero, que obró divina y humanamente en dos naturalezas, según enseña la fé ortodoxa.» Así pues, como ya se dijo en la nota anterior, cuando habla de una sola voluntad en Jesucristo, entiende por esto que no había en él aquella ley del pecado de que hablaba San Pablo, y por consiguiente esa especie de voluntad que nos inclina al pecado, como espresamente declaró luego el sucesor de Honorio Juan IV, según verán despues nuestros lectores. Véase además acerca del Papa Honorio la obra del conde José de Maistre titulada *Del Papa*, t. 4.º, c. 15, y la del P. Felipe Anfosi, titulada *Notizi per cui ha creduto di non potere aderire alle quattro proposizioni gallicane*, lib. 7.º, p. 19.

(1) *Hist. del Papado*, 2.º edic. fr. t. 1, p. 132.

últimos de diciembre del año 640, fué elegido y consagrado Juan IV. En el tiempo que medió entre su elección y consagración, respondió el clero romano, según costumbre admitida en aquel tiempo, á una carta dirigida por los irlandeses al Papa Severino. Esta respuesta está firmada por Hilario, arcipreste y vicario de la Sede apostólica, de Juan diácono, de otro Juan primicerio, vicario igualmente de la Santa Sede, y de Juan, consejero; y aquí se ve quiénes eran los que poseían la principal autoridad en tiempo de sede vacante, á saber, los gefes de los tres órdenes del clero, el arcipreste, el arcediano y el primicerio por el clero inferior. Redúcese á esto lo mas notable que presenta este escrito, y además se descubre en él la obstinacion de los irlandeses en sus observancias caprichosas de la Pascua, y la renovacion del pelagianismo en aquellas regiones donde tuvo su origen.

El Papa Juan condenó la *Ecthesis* de Heraclio, el cual recibió esta afrenta con una tranquilidad superior á lo que era de esperar. Las conquistas de los musulmanes, que duenos ya de la Siria, acababan de arrebatarle el Egipto, le habian humillado en extremo. Entregaron á las llamas con estupidez fanática la soberbia biblioteca de Alejandria, sirviéndose por espacio de seis meses de cuanto en ella habia para calentar los baños de aquella ciudad inmensa que eran cuatro mil. «Si lo que estos volúmenes contienen, decian, está conforme con el Coran, este libro divino nos basta; y si lo que dicen es contrario, son inútiles y aun mas que inútiles.» Heraclio, bien fuese por debilidad y abatimiento, ó bien movido de un arrepentimiento recto y sincero, escribió al Papa con respecto á su *Ecthesis* en los términos siguientes: «No es mio el escrito, ni yo le he dictado, ni he mandado formarle. Compúsole mi obispo Sergio

cinco años antes de mi regreso de Oriente, y estando yo en Constantinopla me rogó que le hiciese publicar en mi nombre y con mi firma: lo que concedí á sus ruegos. Mas notando que en el dia es un objeto de disputa y de disension, declaro á la faz del universo que no soy su autor (1). Esta declaración no disminuyó en manera alguna las murmuraciones y los escándalos; ningun partido estaba contento. Insultaban los severianos á los católicos en las calles y tabernas, y decian que los calcedonios se habian desengañado del nestorianismo, y que despues de haber confesado una sola operacion en Jesucristo, y por consiguiente una sola naturaleza, se arrepentian de tan buena obra y la destruian no confesando una ni dos voluntades. Murió Heraclio el dia 11 de febrero del año 641, á los sesenta y seis de su edad y treinta de su reinado.

Sobrevivióle solamente unos tres meses Constantino, su hijo primogénito, que le sucedió. La opinion general fué que le había envenenado Martina su madrastra, que reinó algunos meses junto con su hijo Heraclio ó Heraclionas. Tuvieron bien pronto que agregar al mando al hijo de Constantino, llamado como su padre, pero mas conocido con el nombre de Constante. Mandó el Senado poco tiempo despues cortar la lengua á Martina y las narices á Heraclionas, y así Constante quedó solo en el trono imperial, señalando su reinado de veinte y siete años con una conducta detestada hasta nuestros dias. En el segundo año de su imperio murió el Papa Juan IV, y le enterraron en San Pedro el 12 de octubre. Inmediatamente despues de la muerte de Heraclio, habia escrito al jóven Constantino para que suprimiese la *Ectesis*, y le decía: «Mi predecesor enseñó que no hay en Jesucristo dos voluntades contrarias como

(1) *Constit. VI. act. 8. n.º. 11. pag. 88.*

en nosotros pecadores; y algunos, torciendo estas palabras á sus propios sentimientos, han sospechado de él haber enseñado una sola voluntad de su divinidad y de su humanidad, lo cual es enteramente contrario á la verdad. Hé ahí pues el juicio de un Papa, adversario del monotelismo, que absuelve la memoria de Honorio de la acusación de heregía (1).

Teodoro, natural de Jerusalem é hijo de un obispo del mismo nombre, fué ordenado despues de la muerte de Juan IV, el día 24 de noviembre del mismo año 642 (2). Entonces San Ousualdo, rey de Nortumberland en Inglaterra, fué muerto en una batalla por Penda, rey de los mercenses, el mismo que nueve años antes mató á San Eduino. Ousualdo, de edad de solos treinta y ocho años, habia llegado á una eminente santidad. No se limitó á las virtudes propias en algun modo de su estado, tales como la caridad con los pobres y la compasión con los enfermos, á quienes consolaba y asistia por sí mismo; sino que tambien fué tan asiduo en la oración, tan recogido y de una fé tan viva, que podria haber causado admiración aun en los mas fervorosos solitarios. Próximo á dar el último aliento de resultas de sus heridas, vió á los suyos que morian en gran número á su lado, y mas cuidadoso de la salvación de sus súbditos que de la suya propia, rogaba con tanto fervor por el descanso de sus almas, que ha corrido como proverbio entre los ingleses: *Ousualdo muriendo y rogando por los muertos*. Su hermano Osuino le sucedió en el trono: y Edbaldo, rey de Kent, que murió en el año 640, fué reemplazado por su hijo Ercomberto, príncipe no menos religioso que su padre, y el primer rey de Inglaterra que mandó en todos sus Estados, bajo rigurosas

(1) Hist. del Papado, 2.^a edic. fr. t. 1, p. 130.
(2) Bod. lib. 11 Hist. c. 29.

penas, que se destruyesen los ídolos y se observase la Cuaresma. Su hija Fartongata, y Adalberga, tia de Fartongata, se consagraron al Señor en el monasterio de Faremoutier del que fueron abadesas y veneradas como Santas. Este monasterio y los de Chelles y Andeli eran los mas célebres de la Galia por la excelente educación que en ellos se daba á las jóvenes que concurrían en gran número de las islas Británicas, no obstante de que abundaban en ellas estos piadosos asilos.

Parecia que el clima de la Francia era el mas propio para estimular ó á lo menos amenizar los talentos demasiado profundos de aquellos insulares (1). Fursi, natural de Irlanda, de una familia ilustre que le dió una educación brillante, principió practicando en la Gran Bretaña todas las virtudes solitarias y apostólicas, y aun edificó en ella muchos monasterios. Pasó por último á las Galias, en donde recibió del rey Clodoveo II y de Erchinoaldo, jefe de palacio, aquella acogida que los franceses acostumbraban dar á los extranjeros de su mérito y principalmente á los Santos. Cedióle Erchinoaldo el territorio de Lagni sobre el Marne, en donde Fursi fundó el monasterio que ha subsistido hasta nuestros dias. Murió cuando proyectaba pasar otra vez el mar, y su cuerpo fué trasladado á Perona que pertenecia al patrimonio de Erchinoaldo, el cual estaba construyendo allí una iglesia magnífica para aquellos tiempos. Llegó despues esta misma iglesia á ser colegiata, y en ella se conservaban hasta poco há las reliquias de San Fursi.

Clodoveo II, rey de Neustria y de Borgoña, era hermano de Sigeberto II, nombrado rey de Austrasia en vida de Dagoberto, padre de ambos é hijo y sucesor de Clotario. Los muchos Santos que ilustraron

(1) Mabill. t. 2. Act. p. 300.

el reinado de Dagoberto no pudieron infundir sus virtudes en este príncipe. Parecia en sus costumbres mas bien un mahometano que un cristiano, á escepcion de algunas obras exteriores que no reprimian su incontinencia. Tenia tres mugeres á un tiempo con título de reinas, y tanta multitud de concubinas que hubiera sido difícil contarlas. Redactó las leyes de todos los pueblos bárbaros sujetos á su obediencia, en cuya compilación aparece que el sacrilegio y el homicidio de los sacerdotes como todos los demas crímenes que no eran contra el Estado, no tienen otro castigo que ciertas penas pecuniarias. Esto demuestra la poca confianza que los ministros de la Religión podían poner en las potestades del siglo para el restablecimiento del reino de Dios sobre las ruinas del de los vicios y del demonio. Murió el día 19 de enero del año 638, el décimosexto de su reinado, contándose este desde que su padre le dió el reino de Austrasia, y el décimo despues de la muerte de Clotario. Fué el primer rey de Francia á quien enterraron en San Dionisio, sin embargo de que no fué su fundador. La iglesia y el monasterio de esta ciudad subsistian desde el año 627; pero lo enriqueció con grandes dádivas y estableció en aquella casa la salmodia perpétua á ejemplo del monasterio de Agauno. Despues del rey Dagoberto, la mayor parte de sus sucesores eligieron la misma sepultura.

Entre los grandes varones que edificaban con su virtud la corte de Dagoberto fueron los mas célebres San Eloy y San Owen, no menos unidos por la amistad que por la piedad. Eloy, que era el mayor en edad, habia nacido cerca de Limoges, de una familia romana, como lo prueba mejor que su nombre y que el de su padre Eucherio, la larga série de abuelos cristianos que se gloriaba de contar en su ascenden-

cia (1). Ejerció la profesion de platero, entonces muy honrosa, logrando en ella una reputación muy distinguida por su habilidad y probidad. En tiempo de Clotario, queriendo este príncipe mandar hacer una silla, en la que el arte compitiere con el oro y la pedrería de que debia formarse, llamó á Eloy como al único que podia satisfacer sus deseos. El éxito correspondió á las esperanzas, y satisfecho de la obra el monarca, le dió una recompensa digna de su grandeza y del mérito del artífice. Entonces Eloy le presentó otra silla tan acabada y tan rica como la primera, diciendo haberla hecho del oro que habia sobrado. A vista de esto principió el rey á formar un concepto superior del hombre raro que tenia en la corte, aprendió á conocerle mejor de día en día, y hallándole capaz de mayores empresas le confirió el empleo de director de la Real casa de moneda, dándole un lugar muy distinguido en su confianza. Todavía se halla el nombre de Eloy en muchas piezas de oro acuñadas en Paris en tiempo de Dagoberto y de su hijo Clodoveo.

Crecia de día en día el favor del Santo en el reinado del sucesor de Clotario, por cuya causa fué objeto de envidia á los malos, de quienes se declaró siempre contrario, pues él fué constantemente hombre de bien á pesar de no mostrarse en los principios enteramente indiferente á las vanidades del siglo. Habiale favorecido la naturaleza con sus dones: su estatura era grande, su cabeza era bella, adornada de una linda cabellera que era tenida en gran precio entre los franceses, el color hermoso, la vista penetrante y una frente en donde parece habia fijado su asiento la prudencia. Era tambien inclinado naturalmente á la magnificencia. Con este gusto y todas estas ventajas corporales, el atractivo de las va-

(1) Sur. ad diem 1 decemb.; Spicileg. pag. 147.

nidades del mundo hizo alguna impresion en su ánimo. Vestía de ordinario con suntuosidad, y algunas veces ropa toda de seda á pesar de ser esto muy raro en aquel tiempo. Estaban sus camisas bordadas de oro, segun se acostumbraba, y las fajas guarnecidas del mismo metal y de piedras preciosas. Mas habiendo llegado á una edad madura y deseando tranquilizar su conciencia, hizo con un sacerdote una confesion general de todas las culpas cometidas en el discurso de su vida; y este es el primer ejemplo que en la antigüedad encontramos de las confesiones de esta especie, aunque en realidad no haya sido el primero. Desprendióse en beneficio de los pobres de todos sus preciosos adornos, vistiendo en adelante con mucho descuido, y en su gabinete se le halló muchas veces ceñido con una soga. Sorprendiéndole el rey en esta forma, le dió algunas veces su vestido y su cinturón; pero él repartía entre los pobres todo cuanto tenía y cuanto recibía del monarca. Era prodigiosa la multitud y abundancia de las limosnas que hacia: su casa parecía mas bien la de todos los necesitados que la suya propia. Si algun extranjero preguntaba por él, se contentaban con decirle: «Id á tal calle hácia el sitio en que encontréis muchos pobres.» Daba de comer todos los días en su casa á una muchedumbre de ellos, sirviéndoles en la mesa y comiendo con humildad religiosa lo que ellos dejaban; absteniéndose sin embargo de la carne y vino que les daba, como manjares muy delicados para él. Pasaba algunas veces dos ó tres días seguidos sin tomar cosa alguna.

Causábale mucha delicia el redimir cautivos, la mayor parte bárbaros y paganos, tales como los sajones y los esclavones, á quienes libertaba á un mismo tiempo de los infortunios de esta vida y de su perdicion eterna. Despues de haberlos instruido les de-

jó á su arbitrio volver á sus casas, permanecer en su compañía ó entrar en monasterios. Fundó con este objeto piadoso uno para hombres y otro para mugeres. Sujetó el de Soliñac, cerca de Limoges, á la regla y dirección del abad de Luxeu, é hizo venir una colonia de estos famosos solitarios que le llevó San Remacio, despues obispo de Maastricht. Estableció en Paris el de las mugeres, en el sitio que ocupaban poco há los barabitas, en una casa propia del Santo por donacion que de ella le hizo el rey. Fué su primera abadesa Santa Aura, y vió sujetas á su obediencia hasta trescientas monjas, así cautivas rescatadas como nobles francesas que tenían á mucha gloria el humillarse de este modo al yugo de su libertador comun. De todo lo necesario proveía este generoso fundador, que en medio de sus buenas obras conservaba el gusto que tenía á todo lo grande, y proveyó con tan magnífica liberalidad, que la iglesia del cementerio que hizo edificar fuera de la ciudad para estas religiosas, llegó á ser con el tiempo una de las mejores parroquias de Paris, conservando su título primitivo de San Pablo.

Los cautivos y pobres que tenía en su casa hallaron en ella una escuela de virtud, por cuyo medio llegaron muchos á un grado eminente de santidad. Tales fueron entre otros Tillon, esclavo sajón, honrado con el nombre de San Theau; Banderico, libertado de Eloy; Tituen, su ayuda de cámara que era suervo de nacion y murió mártir; Buchino, que habia sido pagano y fué abad de Ferrieres; Andrés, Martín y Juan que abrazaron y honraron el estado clerical. De este modo la casa del Santo parecía mas bien un monasterio que la habitacion de un cortesano. Veíanse muchos libros en hermosos estantes al rededor de su cuarto, principalmente dos de la Sagrada Escritura con los comentarios de los santos doctores.

Brillaban pendientes en medio de ellos reliquias de muchos Santos, ante las cuales se postraba sobre un cilicio y pasaba algunas veces toda la noche en oracion. Reducíase despues de esto su descanso á cantar salmos, tornando luego á emprender la lectura que era otra especie de oracion, interrumpida frecuentemente con santos transportes del alma y de los ojos al cielo, acompañados de suspiros y de abundantes lágrimas, pues su devocion era en extremo tierna, y no podían los suyos observarle mucho tiempo sin sentirse conmovidos de los mismos afectos. Por lo comun cumplia con el oficio canónico en las horas acostumbradas de la noche y en las del dia, y muchos de sus domésticos le acompañaban en sus cánticos.

Oven, el mayor amigo de Eloy, hijo de un gran caballero frances, y gran refrendario ó canciller del reino, como lo acreditan varios documentos originales firmados de su puño en calidad de tal, concibió á ejemplo de su amigo el mismo desprecio del mundo. Tenía consigo en la corte á su hermano Adon, que fué el primero en poner en práctica la resolucion que ambos formaron de abandonar el siglo (1). Fundó este el monasterio de Juarre en los bosques de Brie á donde se retiró, y se opina con bastante fundamento que era doble, para ambos sexos, aunque solo ha quedado el de monjas, en el que fué primera abadesa Santa Teodequilda, hermana de San Agilberto de Paris. Edificó el mismo Oven en los bosques de dicha provincia el monasterio de Rebais en el que intentó abrazar la vida monástica; pero el rey y los grandes no se lo permitieron. Asistió no obstante con su querido Eloy á la consagracion de la iglesia de este monasterio, cuya ceremonia celebraron dos santos obispos, Faron y Amando. Por con-

sejo del primero, puso Oven los ojos en San Agilo, discípulo de San Columbano, para que rigiese aquella comunidad muy numerosa ya desde sus principios; mas el monasterio de Luxeu, que conocia á fondo todo el mérito del sugeto que le pedian, quiso nombrarle su abad, y al mismo tiempo las ciudades de Metz, de Langres y de Besanzon se disputaban la gloria de tenerle por obispo. Fué necesario todo el crédito de Oven y la autoridad Real para colocarle en Rebais, de donde le nombró abad un Concilio celebrado en Clichy el día 4.º de mayo del año 636. Dicese que San Oven tenia otro hermano llamado Radon, que fundó en el mismo territorio de Brie el monasterio que de su nombre se llamó Reuil, en latin *Radolium*, á las orillas del Marne (1).

Eran San Oven y San Eloy muy á propósito para desempeñar los empleos mas principales de la Iglesia; y no parecia posible dejaran de ocupar sus primeros ministerios. De ellos sin embargo se reputaban muy dignos; mas no pensaron así los pueblos y el clero, intérpretes mas equitativos de los designios del cielo. Muerto San Roman, uno de los mas santos é ilustres obispos de Ruan, y San Acario de Noyon se creyó que no podia dárselos sucesores mas semejantes á estos grandes modelos que Oven y Eloy. Cuando conocieron que no podian oponerse á los designios de la Providencia, desearon á lo menos observar las reglas establecidas, y no llegar á la dignidad episcopal sin pasar primero por todos los grados propios del estado eclesiástico y egercer por algun tiempo sus respectivas funciones. Ambos fueron por último consagrados obispos en la ciudad de Ruan el domingo anterior á las rogaciones del año 640, el tercero del reinado de Clodoveo II. Desde la muerte de San Medardo esta-

(1) Act. Bened. tom. 2, pag. 175.

(1) Aud. vit. S. Elig. lib. 2, cap. 2.